

no á mi propósito, y dice así: "He sacado mis reflexiones de los filósofos profanos, sin omitir tampoco el testimonio de los poetas, persuadido á que el testimonio de estos... aunque voluptuosos por lo comun, establecia la severidad de las costumbres de un modo mas fuerte y victorioso que el de los filósofos, de quienes hay motivo de sospechar, que sola la vanidad les ha movido á establecer la austeridad de las máximas en el seno de una religion supersticiosa, que al mismo tiempo lisongeaba todas las pasiones. En efecto, al oír á un escritor voluptuoso hablar con elogio de la pureza de las costumbres, se evidenciará que únicamente la fuerza de la verdad ha podido arrancar de su boca tan brillante testimonio."

Hasta aquí el célebre autor citado, en el párrafo XX del prefacio á su libro titulado: *El fruto de mis lecturas*. Ahora digo: si un jóven voluptuoso, ó un viejo apelmazado con los vicios ve estos mismos reprendidos, y las virtudes contrarias elogiadas, no en boca de los Anacoretas y Padres del Yermo, sino en la de unos hombres sin religion perfecta, sin virtud sólida, y sin la luz del Evangelio, ¿no es preciso que forme un cóncépto muy ventajoso de las virtudes morales? ¿no es creíble que se avergüence al ver reprendidos y ridiculizados sus vicios, no ya por los Pablos, Crisóstomos, Agustinos ni demas padres ni doctores de la iglesia, sino por los Horacios, Juvenales, Sénecas, Plutarcos y otros ciegos semejantes del paganismo? Y el amor á la sana moral, ó el aborrecimiento al vicio que produzca el testimonio de los autores gentiles, ¿no debe ser de un interes recomendable, así para los lectores como para la misma sociedad? A mí á lo ménos así me lo parece, y por tanto no he querido omitir las autoridades de que hablamos.



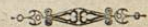
VIDA Y HECHOS

DE

PERIQUILLO SARNIENTO,

escrita por él

PARA SUS HIJOS.



CAPITULO I.

Comienza Periquillo escribiendo el motivo que tuvo para dejar á sus hijos estos cuadernos, y da razon de sus padres, patria, nacimiento y demás ocurrencias de su infancia.

POSTRADO en una cama muchos meses hace, batallando con los médicos y enfermedades, y esperando con resignacion el dia en que, cumplido el órden de la divina Providencia háyais de cerrar mis ojos, queridos hijos míos, he pensado dejaros escritos los nada raros sucesos de mi vida, para que os sepais guardar y precaver de muchos de los peligros que amenazan, y aun lastiman al hombre en el discurso de sus dias.

Deseo que en esta lectura aprendais á desechar muchos errores que notareis admitidos por mí y por otros, y que prevenidos con mis lecciones, no os espongais á sufrir los malos tratamientos que yo he sufrido por mi culpa; satisfechos de

que mejor es aprovechar el desengaño en las cabezas ajenas que en la propia.

Os suplico encarecidamente que no os escandaliceis con los extravíos de mi mocedad, que os contaré sin rebozo, y con bastante confusion; pues mi deseo es instruiros y alejaros de los escollos donde tantas veces se estrelló mi juventud, y á cuyo mismo peligro quedais espuestos.

No creais que la lectura de mi vida os será demasiado fastidiosa, pues como yo sé bien que la variedad deleita el entendimiento, procuraré evitar aquella monotonía ó igualdad de estilo, que regularmente enfada á los lectores. Así es, que unas veces me advertiréis tan serio y sentencioso como un Caton; y otras tan trivial y bufon como un Bertoldo. Ya leeréis en mis discursos, retazos de erudicion y rasgos de elocuencia; y ya vereis seguido un estilo popular mezclado con los refranes y *paparruchadas* del vulgo.

Tambien os prometo, que todo esto será sin afectacion ni pedantismo; sino segun me ocurra á la memoria, de donde pasará luego al papel, cuyo método me parece el mas análogo con nuestra natural veleidad.

Ultimamente, os mando y encargo, que estos cuadernos no salgan de vuestras manos, porque no se hagan el objeto de la maledicencia de los necios ó de los inmorales; pero si teneis la debilidad de prestarlos alguna vez, os suplico no los prestéis á esos señores, ni á las viejas hipócritas, ni á los curas interesables, y que saben hacer negocio con sus feligreses vivos y muertos, ni á los médicos y abogados chapuceros, ni á los escribanos, agentes, relatores y procuradores ladrones, ni á los comerciantes usureros, ni á los albaceas herederos, ni á los padres y madres indolentes en la educacion de su familia, ni á las beatas necias y supersticiosas, ni á los jueces venales, ni á los corchetes pícaros, ni á los alcaldes tiranos, ni á los poetas y escritores remendones como yo, ni á los oficiales de

la guerra y soldados fanfarrones y hazañeros, ni á los ricos avaros, necios, soberbios y tiranos de los hombres, ni á los pobres que lo son por flojera, inutilidad ó mala conducta, ni á los mendígos fingidos; ni los presteis tampoco á las muchachas que se alquilan, ni á las mozas que se corren, ni á las viejas que se afeitan, ni.... pero va larga esta lista. Basta deciros, que no los presteis ni por un minuto á ninguno de cuantos advirtiéreis que les tocan las generales en lo que leyeren; pues sin embargo de lo que asiento en mi prólogo, al momento que vean sus interiores retratados por mi pluma, y al punto que lean alguna opinion, que para ellos sea nueva ó no conforme con sus estraviadas ó depravadas ideas, á ese mismo instante me calificarán de un necio, harán que se escandalizan de mis discursos, y aun habrá quien pretenda quizá que soy herege, y tratará de delatarme por tal, aunque ya esté convertido en polvo. ¡Tanta es la fuerza de la malicia, de la preocupacion ó la ignorancia!

Por tanto, ó leed para vosotros solos mis cuadernos, ó en caso de prestarlos sea únicamente á los verdaderos hombres de bien, pues estos, aunque como frágiles yerren ó hayan errado, conocerán el peso de la verdad sin darse por agraviados, advirtiéndome que no hablo con ninguno determinadamente, sino con todos los que traspasan los límites de la justicia; mas á los primeros (si al fin leyeren mi obra) cuando se incomoden ó se burlen de ella, podreis decirles, con satisfaccion de que quedarán corridos: „¿de qué te alteras? ¿qué mofas, si con distinto nombre de tí habla la vida de este hombre desreglado?“ *

Hijos míos: despues de mi muerte leereis por primera vez estos escritos. Dirigid entonces vuestros votos por mí al tro-

* ¿Quid rides? mutato nomine, de te fabella narratur.

no de las misericordias: escarmentad en mis locuras: no os dejéis seducir por las falsedades de los hombres: aprended las máximas que os enseño, acordandoos que las aprendí á costa de muy dolorosas esperiencias: jamás alabéis mi obra, pues ha tenido mas parte en ella el deseo de aprovecharos; y empapados en estas consideraciones, comenzad á leer.

Mi patria, padres, nacimiento y primera educacion.

Nací en México, capital de la América Septentrional, en la Nueva-España. Ningunos elogios serian bastantes en mi boca para dedicarlos á mi cara pátria; pero, por serlo, ningunos mas sospechosos. Los que la habitan y los estrangeros que la han visto, pueden hacer su panegírico mas creible, pues no tienen el estorbo de la parcialidad, cuyo lente de aumento puede á veces disfrazar los defectos, ó poner en grande las ventajas de la pátria aun á los mismos naturales; y así, dejando la descripcion de México para los curiosos imparciales, digo: que nací en esta rica y populosa ciudad por los años de 1771, á 73 de unos padres no opulentos, pero no constituidos en la miseria: al mismo tiempo que eran de una limpia sangre, la hacian lucir y conocer por su virtud. ¡O si siempre los hijos siguieran constantemente los buenos ejemplos de sus padres!

Luego que nací, despues de las lavadas y demás diligencias de aquella hora, mis tias, mis abuelas y otras viejas del antiguo cuño querian amarrarme las manos, y fajarme ó liarme como un cohete, alegando, que si me las dejaban sueltas, estaba yo propenso á espantarme, á ser muy *manilargo* * de grande, y por último, y como la razon de mas peso y el argumento mas incontrastable, decian, que este era el modo con

* Suele darse á entender con esta palabra, un atrevido y dispuesto á dar golpes por motivos ligeros. E.

he
con mucho cor



que á ellas las habian criado, y que por tanto, era el mejor y el que se debia seguir como mas seguro, sin meterse á disputar para nada del asunto; porque los viejos eran en todo mas sábios que los del dia, y pues ellos amarraban las manos á sus hijos, se debia seguir su ejemplo á ojos cerrados.

A seguida, sacaron de un canastito una cincha de liston que llamaban *faja de dijes*, guarnecida con *manitas de azabache*, el *ojo del venado*, *colmillo de caimán* y otras baratijas de esta clase, dizque para engalanarme con estas reliquias del supersticioso paganismo el mismo dia que se habia señalado para que en boca de mis padrinos fuera yo á profesar la fé y santa religion de Jesucristo.

¡Valgame Dios cuánto tuvo mi padre que batallar con las preocupaciones de las benditas viejas! ¡Cuánta saliva no gastó para hacerles ver que era una quimera y un absurdo pernicioso el liar y atar las manos á las criaturas! ¡Y qué trabajo no le costó persuadir á estas ancianas inocentes á que el azabache, el hueso, la piedra, ni otros amuletos de esta ni ninguna clase, no tienen virtud alguna contra el aire, rábía, mal de ojo, y semejantes faramallas!

Así me lo contó su merced muchas veces, como tambien el triunfo que logró de todas ellas, que á fuerza ó de grado accedieron á no aprisionarme, á no adornarme sino con un rosario, la santa cruz, un relicario y los cuatro evangelios, y luego se trató de bautizarme.

Mis padres ya habian citado los padrinos, y no pobres, sencillamente persuadidos á que en el caso de horfandad me servirian de apoyo.

Tenian los pobres viejos menos conocimiento de mundo que el que yo he adquirido, pues tengo muy profunda experiencia de que los mas de los padrinos no saben las obligaciones que contraen respecto de los ahijados, y así creen que hacen mucho con darles medio real cuando los ven, y si sus pa-

dres mueren, se acuerdan de ellos como si nunca los hubieran visto. Bien es verdad, que hay algunos padrinos que cumplen con su obligacion exactamente, y aun se anticipan á sus propios padres en proteger y educar á sus ahijados. ¡Gloria eterna á semejantes padrinos!

En efecto, los míos ricos me sirvieron tanto como si jamás me hubieran visto; bastante motivo para que no me vuelva á acordar de ellos. Ciertamente que fueron tan mezquinos, indolentes y mentecatos, que por lo que toca á lo poco ó nada que les debí ni de chico ni de grande, parece que mis padres los fueron á escojer de los mas miserables del hospicio de pobres. Reniego de semejantes padrinos, y mas reniego de los padres que *haciendo comercio del Sacramento del Bautismo*, no solicitan padrinos virtuosos y honrados, sino que posponen éstos á los compadres ricos ó de rango, ó ya por el rastrero interés de que les den alguna friolera á la hora del bautismo, ó ya néciamente confiados en que quizá, pues, por una contingencia ó extravagancia del orden ó desórden comun, serán útiles á sus hijos despues de sus dias. Perdonad, pedazos míos, estas digresiones que rebozan naturalmente de mi pluma, y no serán muy de tarde en tarde en el discurso de mi obra.

Bautizáronme, por fin, y pusieronme por nombre *Pedro*, llevando despues, como es uso; al apellido de mi padre, que era *Sarmiento*.

Mi madre era bonita, y mi padre la amaba con estremo: con esto, y con la persuacion de mis discretas tias, se determinó *nemine discrepante*, * á darme nodriza ó chichigua como acá decimos.

* Esta fórmula usada en la Universidad, quiere decir en castellano: *sin oposicion*, unánimemente. E.

¡Ay hijos! Si os casareis algun dia y tuviéreis sucesion, no la encomendeis á los cuidados mercenarios de esta clase de gentes; lo uno, porque regularmente son abandonadas, y al menor descuido son causa de que se enfermen los niños; pues como no los aman, y solo los alimentan por su mercenario interes, no se guardan de hacer cóleras, de comer mil cosas que dañan su salud, y de consiguiante la de las criaturas que se les confian, ni de cometer otros excesos perjudiciales, que no digo por no ofender vuestra modestia; y lo otro, porque es una cosa que escandaliza á la naturaleza que una madre racional haga lo que no hace una burra, una gata, una perra, ni ninguna hembra puramente animal y destituida de razon.

¡Cuál de éstas fia el cuidado de sus hijos á otro bruto, ni aun al hombre mismo? ¡Y el hombre dotado de razon ha de atropellar las leyes de la naturaleza, y abandonar á sus hijos en los brazos alquilados de cualquiera india, negra ó blanca, sana ó enferma, de buenas ó depravadas costumbres, puesto que en teniendo leche, de nada mas se informan los padres, con escándalo de la perra, de la gata, de la burra y de todas las madres irracionales?

¡Ah! Si estas pobres criaturas de quienes hablo, tuvieran sindéresis, al instante que se vieran las inocentes abandonadas de sus madres, cómo dirian llenas de dolor y entusiasmo: *mujeres crueles*, ¿por qué teneis el descaro y la insolencia de llamaros madres? ¿conoceis acaso, la alta dignidad de una madre? ¿sabeis las señales que la caracterizan? ¿habeis atendido alguna vez á los afanes que le cuesta á una gallina la conservacion de sus pollitos? ¡Ah! No. Vosotras nos concebisteis por apetito, nos paristeis por necesidad, nos llamais hijos por costumbre, nos acariciáis tal cual vez por cumplimiento, y nos abandonais por un demasiado amor propio ó por una execrable lujuria. Sí, nos avergonzamos de decirlo; pero señalad con verdad, si os atreveis, la causa porque os somos fastidio-

sos. A excepcion de un caso gravísimo en que se interesó vuestra salud, y cuya certidumbre es preciso que la autorice un médico sabio, virtuoso y no forjado á vuestro gusto, deciros: ¿os mueven á este abandono otros motivos mas paliados que el de no enfermaros y aniquilar vuestra hermosura?

Ciertamente no son otros vuestros criminales pretextos, madres crueles, indignas de tan amable nombre; ya concebimos el amor que nos teneis, ya sabemos que nos sufristeis en vuestro vientre por la fuerza, y ya nos juzgamos desobligados del precepto de la gratitud; pues apenas podeis, nos arrojaís en los brazos de una estraña, cosa que no hace el bruto mas atroz. Así se produjeran estos pobrecillos si tuvieran espeditos los usos de la razon y de la lengua.

Quedé, pues, encomendado al cuidado ó descuido de mi *chichigua*, quien seguramente carecia de buen natural, esto es, de un espíritu bien formado; porque si es cierto que los primeros alimentos que nos nutren, nos hacen adquirir alguna propiedad de quien nos los ministra; de suerte que el niño á quien ha criado una cabra no será mucho que salga demasiado travieso y saltador como se ha visto; si es cierto esto, digo: que mi primera nodriza era de un genio maldito, segun que yo salí de mal intencionado, y mucho mas cuando no fué una sola la que me dió sus pechos, sino hoy una, mañana otra, pasado mañana otra, y todas, ó las mas, á cual peores: porque la que no era borracha, era golosa: la que no era golosa, estaba gálica: la que no tenia este mal, tenia otro; y la que estaba sana, de repente resultaba en cinta, y esto era por lo que toca á las enfermedades del cuerpo, que por lo que toca á las del espíritu rara seria la que estaria aliviada. Si las madres advirtieran, á lo menos, estas resultas de su abandono, quizá no fueran tan indolentes con sus hijos.

No solo consiguieron mis padres hacerme un mal genio con su abandono, sino tambien enfermizo con su cuidado. Mi

nodrizas comenzaron á debilitar mi salud, y hacerme recobido, soberbio é impertinente con sus desarreglos y descuidos, y mis padres la acabaron de destruir con su prolijo y mal entendido cuidado y cariño; porque luego que me quitaron el pecho, que no costó poco trabajo, se trató de criarme demasiado regalón y delicado; pero siempre sin direccion ni tino.

Es menester que sepais, hijos míos, (por si no os lo he dicho) que mi padre era de mucho juicio, nada vulgar, y por lo mismo se oponia á todas las candideces de mi madre; pero algunas veces, por no decir las mas, flaqueaba en cuanto la veía afligirse ó incomodarse demasiado, y ésta fue la causa porque yo me crié entre bien y mal, no solo con perjuicio de mi educacion moral, sino tambien de mi constitucion física.

Bastaba que yo manifestára deseo de alguna cosa, para que mi madre hiciera por ponérmela en las manos, aunque fuera injustamente. Supongamos: queria yo su rosario, el dedal con que cosia, un dulcesito que otro niño de casa tuviera en la mano, ó cosa semejante, se me habia de dar en el instante, y cuenta como se me negaba, porque aturdía yo el barrio á gritos; y como me enseñaron á darme cuanto gusto queria porque no llorara, yo lloraba por cuanto se me antojaba para que se me diera pronto.

Si alguna criada me incomodaba, hacia mi madre que la castigaba, como para satisfacerme, y esto no era otra cosa que enseñarme á soberbio y vengativo.

Me daban de comer cuanto queria, indistintamente á todas horas, sin órden ni regla en la cantidad y calidad de los alimentos, y con tan bonito método lograron verme dentro de pocos meses cursiënto, barrigón y descolorido.

Yo, á mas de esto, dormia hasta las quinientas, y cuando me despertaban, me vestian y envolvian como un tamal de pies á cabeza; de manera, que segun me contaron, yo jamás me levantaba de la cama sin zapatos, ni salia del *jouco* sin la ca-

beza entrapajada. A mas de esto, aunque mis padres eran pobres, no tanto que carecieran de proporciones para no tener sus vidrieritas: teníanlas en efecto, y yo no era dueño de salir al corredor ó al balcon sino por un raro accidente, y eso ya entrado el dia. Me economizaban los baños terriblemente, y cuando me bañaban por campanada de vacante, era en la cámara muy abrigada y con una agua bien caliente.

De esta suerte fué mi primera educacion física; ¿y qué podia resultar de la observancia de tantas preocupaciones juntas, sino el criarme demasiado débil y enfermizo? Como jamás, ó pocas veces me franqueaban el aire, ni ni cuerpo estaba acostumbrado á recibir sus saludables impresiones, al menor descuido las estrañaba mi naturaleza, y ya á los dos y tres años padecia catarros y costipados con frecuencia, lo que me hizo medio raquíico. ¡Ah! no saben las madres el daño que hacen á sus hijos con semejante método de vida. Se debe acostumbrar á los niños á comer lo menos que puedan, y alimentos de fácil digestion proporcionados á la tierna elasticidad de sus estómagos: deben familiarizarlos con el aire y demas intemperies, hacerlos levantar á una hora regular, andar descalzos, con la cabeza sin pañuelos ni aforros, vestir sin ligaduras para que sus fluidos corran sin embarazo, dejarlos travesear cuanto quieran, y siempre que se pueda al aire fresco, para que se agiliten y robustezcan sus nerviecillos, y por fin, hacerlos bañar con frecuencia, y si es posible en agua fria, ó cuando no, tibia ó quebrantada, como dicen. Es increíble el beneficio que resultaria á los niños con este plan de vida. Todos los médicos sábios lo encargan, y en México ya lo vemos observado por muchos señores de proporciones y desprecupados, y ya notamos en las calles multitud de niños de ambos sexos vestidos muy sencillamente, con sus cabecitas al aire, y sin mas abrigo en las piernas que el túnico ó pantaloncito flojo. ¡Quiera Dios que se haga general esta moda para

que las criaturas logren ser hombres robustos y útiles por esta parte á la sociedad!

Otra candidez tuvo la pobrecita de mi madre, y fué llenarme la fantasía de *cocos*, *viejos* y *macacos*, con cuyos estravagantes nombres me intimidaba cuando estaba enojada y yo no queria callar, dormir ó cosa semejante. Esta corruptela me formó un espíritu cobarde y afeminado, de manera que aun ya de ocho ó diez años, yo no podia oir un ruidito á media noche sin espantarme, ni ver un bulto que no distinguiera, ni un entierro, ni entrar en un cuarto oscuro, porque todo me llenaba de pavor; y aunque no creia entonces en el *coco*, pero sí estaba persuadido de que los muertos se aparecian á los vivos cada rato, que los diablos salian á rasguñarnos y apretarnos el pescuezo con la cola cada vez que estaban para ello, que habia bultos que se nos echaban encima, que andaban las ánimas en penas mendicando nuestros sufragios, y creia otras majaderias de esta clase, mas que los artículos de la fe. ¡Gracias á un puñado de viejas necias que ó ya en clase de criadas ó de visitas procuraban entretener al niño con cuentos de sus espantos, visiones y apariciones intolerables! ¡Ah! ¡qué daño me hicieron estas viejas! ¡de cuántas supersticiones llenaron mi cabeza! ¡Qué concepto tan injurioso formé entonces de la divinidad, y cuán ventajoso y respetable ácia los diablos y los muertos! Si os casáreis, hijos míos, no permitais á los vuestros que se familiaricen con estas viejas supersticiosas, á quienes yo vea quemadas con todas sus fábulas y embelecos en mis dias: ni los permitais tampoco, las pláticas y sociedades con gente idiota, pues lejos de enseñarles alguna cosa de provecho, los imbuirán en mil errores y necedades que se pegan á nuestra imaginacion mas que unas garrapatas, pues en la edad pueril aprenden los niños lo bueno y lo malo con la mayor tenacidad, y en la adulta, tal vez no bastan ni los libros ni los sábios para desimpresionarlos de aquellos primeros errores con que se nutrió su espíritu.

De aquí proviene, que todos los días vemos hombres en quienes respetamos alguna autoridad ó carácter, y en quienes reconocemos bastante talento y estudio; y sin embargo los notamos caprichosamente adheridos á ciertas vulgaridades ridículas, y lo peor es, que están mas aferrados á ellas que el codicioso Creso á sus tesoros; y así suelen morir abrazados con sus envejecidas ignorancias; siendo esto como natural, pues como dijo Horacio: *la vasija guarda por mucho tiempo el olor del primer aroma en que se infurlió cuando nueva.*

Mi padre era, como he dicho, un hombre muy juicioso y muy prudente: siempre se incomodaba con estas boberías: era demasidamente opuesto á ellas; pero amaba á mi madre con extremo, y este excesivo amor era causa de que por no darle pesadumbre, sufriera y tolerara, á su pesar, casi todas sus extravagantes ideas, y permitiera, sin mala intención, que mi madre y mis tías se conjuraran en mi daño. ¡Válgame Dios, y que consentido y mal criado me educaron! ¡A mí negarme lo que pedía, aunque fuera una cosa ilícita en mi edad ó perniciosa á mi salud? Era imposible: ¡reñirme por mis primeras groserías? De ningún modo; ¡refrenar los ímpetus primeros de mis pasiones? Nunca. Todo lo contrario. Mis verganzas, mis glotonerías, mis necedades y todas mis boberías pasaban por gracias propias de la edad, como si la edad primera no fuera la mas propia para imprimirnos las ideas de la virtud y del honor.

Todos disculpaban mis extravíos y canonizaban mis toscos errores con la antigua y mal repetida cantinela de *déjelo usted: es niño: es propio de su edad: no sabe lo que hace: cómo ha de comenzar por donde nosotros acabamos?* y otras tonteras de este jaez, con cuyas indulgencias se pervertía mas mi madre, y mi padre tenía que ceder á su impertinente cariño. ¡Qué mal hacen los hombres que se dejan dominar de sus mugeres, especialmente acerca de la crianza ó educación de sus hijos!

Finalmente, así viví en mi casa los seis años primeros que ví el mundo. Es decir: viví como un mero animal, sin saber lo que me importaba saber, y no ignorando mucho de lo que me convenia ignorar.

Llegó por fin el plazo de separarme de casa por algunos ratos, quiero decir: me pusieron en la escuela, y en ella ni logré saber lo que debía, y supe, como siempre, lo que nunca había de haber sabido, y todo esto por la irreflexiva disposición de mi querida madre; pero los acaecimientos de esta época, os los escribiré en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

En el que Periquillo da razon de su ingreso á la escuela, los progresos que hizo en ella, y otras particularidades que sabrá el que las leyere, las oyere leer, ó las preguntare.

Hizo sus mohinas mi padre, sus pucheritos mi madre, y yo un monton de alharacas, y berrinches revueltos con mil lágrimas y gritos; pero nada valió para que mi padre revocara su decreto. Me encajaron en la escuela mal de mi grado.

El maestro era muy hombre de bien; pero no tenía los requisitos necesarios para el caso. En primer lugar era un pobre, y emprendió este ejercicio por mera necesidad, y sin consultar su inclinacion y habilidad; no era mucho que estuviera disgustado como estaba, y aun avergonzado en el destino.

Los hombres creen (no sé por qué) que los muchachos por serlo, no se entretienen en escuchar sus conversaciones ni las comprenden; y fiados en este error, no se cuidan de hablar delante de ellos muchas cosas que alguna vez les salen á la cara, y entonces conocen que los niños son muy curiosos, y observativos.